

LA VERDADERA RELIGIÓN

Por Olga López

Uno de los conceptos más importantes del LU es sin duda el de la religión, la verdadera religión. No la religión que asociamos indefectiblemente con iglesias, dogmas y ritos, sino la religión producto de nuestra experiencia personal.

La verdadera religión es aquella que realmente eleva nuestro espíritu, y no lo encadena con dogmas y rituales inútiles. La mejor religión es la experiencia personal, la fe de cada uno.

En el documento 5, el que trata de la relación de Dios con los individuos, destacaría al respecto este párrafo:

P.68:7: La conducta moral es siempre un antecedente de la religión evolucionada y aun forma parte de la religión revelada, pero no es nunca la totalidad de la experiencia religiosa. El servicio social es el resultado de un pensamiento moral y de un vivir religioso. La moralidad no conduce biológicamente a los más elevados niveles espirituales de la experiencia religiosa. La adoración de la belleza abstracta no es el culto a Dios; como tampoco lo es la exaltación de la naturaleza ni la reverencia de la unidad.

Seguir una conducta moral a lo largo de nuestra vida, aun siendo deseable y necesario, no es suficiente para nuestro progreso espiritual. Hace falta dar un paso más y considerar la existencia de Dios y nuestra relación con El. Debemos adquirir conciencia religiosa, pero no de forma desligada al resto de la experiencia humana, sino integrada en ella:

P.69:7: La experiencia de la conciencia de Dios permanece idéntica de generación en generación, pero con los adelantos de cada época en conocimiento humano, el concepto filosófico y las definiciones teológicas de Dios deben cambiar. La experiencia de conocer a Dios, la conciencia religiosa, es una realidad universal, pero independientemente de cuán válida (real) sea la experiencia religiosa, debe estar dispuesta a someterse a la crítica inteligente y a una interpretación filosófica razonable; no debe tratar de ser una cosa separada de la totalidad de la experiencia humana.

Esto debería aplicarse a cada uno de nosotros: la experiencia religiosa no debe caer en el dogmatismo ni en el fanatismo, sino que debe ser razonada. La fe ha de ser una fe viva. Del mismo modo, debemos integrar nuestra experiencia religiosa personal con el resto de experiencias que nos ofrece la vida, para no caer en misticismos ni fanatismos. Es vital tener la mente abierta, reconocer que nuestras creencias pueden estar sometidas a cambios, dependiendo de lo que nuestras experiencias nos dicten. Y, sobre todo, seguir esa "guía interior" que nos habla sin hablar, y que en el LU se denomina "Ajustador del Pensamiento".

En el punto 5 del documento 100, "La religión en la experiencia humana", se nos muestra la dirección correcta en lo que se refiere a vivir la verdadera experiencia religiosa. He aquí, como botón de muestra, uno de sus párrafos:

P.1099:6: "Existe gran peligro asociado con la práctica habitual de los ensueños religiosos; el misticismo puede volverse una técnica para evitar la realidad, aunque a veces haya sido un medio para la comunión espiritual genuina. Cortas temporadas de retiro de las escenas activas de la vida, pueden no ser gravemente peligrosas, pero el aislamiento prolongado de la personalidad no es deseable. No debe cultivarse nunca, bajo ninguna circunstancia, el estado semejante al trance de una conciencia visionaria como experiencia religiosa".

Los arrebatos místicos no sólo son innecesarios, sino que son perjudiciales para comunicarnos con nuestro Ajustador. Hemos de tener una actitud serena, tener fe pero fe razonada, no fe ciega. No hay más maestro que nuestra "chispa divina". Si seguimos las enseñanzas del LU, podemos comprobar que vamos experimentando una transformación paulatina pero inexorable. El LU nos transforma sin prisa pero sin pausa, desde el interior hacia el exterior, de forma que difícilmente volveremos a sentirnos solos y desamparados espiritualmente.

En el LU se dice en muchas ocasiones que la experiencia religiosa es personal y por ello intransferible, nadie puede vivirla por nosotros, ni nosotros vivir la de otros. No hay más autoridad religiosa que la que la intuición y nuestro entendimiento nos dicte, no hay dogmas, no hay interpretaciones oficiales, somos libres de vivir nuestra experiencia religiosa como consideremos conveniente. El que se adhiere fervientemente a un "ismo" en realidad está coartando su libertad en aras de una seguridad dudosa, en la errónea esperanza de ganarse el cielo en la tierra si sigue los preceptos del maestro o gurú de turno.

Las religiones como instituciones fueron necesarias en una etapa del desarrollo espiritual de la especie humana, pero ya va siendo hora de que nos deshagamos de esas "muletas" y empecemos a caminar por nuestra cuenta, de que empecemos a buscar a Dios mediante la experiencia personal, centrándonos en cómo vivimos nuestra filiación con Dios. Recuerdo al respecto un comentario de un amigo "urantiano"; decía que la palabra "Dios" tenía para él demasiadas connotaciones judeo-cristianas, y que por eso prefería llamarle "Padre".

En el documento 86, "La evolución primitiva de la religión", encontramos este párrafo sobre la evolución de la religión y los rituales:

P.957:1: La industria, la guerra, la esclavitud y el gobierno civil surgieron en respuesta a la evolución social del hombre en su medio natural. La religión similarmente surgió como respuesta al medio ilusorio del mundo imaginario de los fantasmas. La religión fue un desarrollo evolutivo del automantenimiento, y ha tenido una buena influencia, a pesar de que fuera originalmente errónea en su concepto y totalmente ilógica".

En el documento 89, "El pecado, el sacrificio y la expiación", encontramos estos párrafos sobre rituales y ceremonias en general:

P.983:7: El sacrificio humano, a lo largo de la evolución de los ritos de Urantia, ha avanzado desde sus manifestaciones sangrientas que consistían en comer carne humana, hasta llegar a niveles más elevados y simbólicos. Los primitivos ritos de sacrificio dieron origen a las ceremonias más recientes del sacramento. Con el pasar del tiempo únicamente el sacerdote comía parte del sacrificio canibalístico o bebía una gota de sangre humana, y luego los demás compartían el sustituto animal. Estas ideas primitivas de rescate, redención y pactos evolucionaron a los servicios sacramentales de épocas más recientes. Toda esta evolución ceremonial ha ejercido una enorme influencia socializadora.

P.984:3: Así pues, después de largas edades, el culto del sacrificio ha evolucionado en el culto del sacramento. De esta manera, los sacramentos de las religiones modernas son los legítimos sucesores de aquellas horrorosas ceremonias primitivas de sacrificio humano y de los aún más primitivos ritos canibalísticos. Muchos aún dependen de la sangre para la salvación, pero por lo menos ésta se ha vuelto figurativa, simbólica y mística.

Otro concepto en el que se insiste repetidas veces en el Libro es el de la fe viviente, como contrapuesta a la fe ciega propia de la obediencia a una institución religiosa. Todo aquel que lee el LU y lo hace parte de su vida va sintiendo su fe cada día más sólida, se mete de lleno en la búsqueda de la Verdad, y se encuentra en paz consigo mismo y con el mundo. La lectura del LU nos hace ver el mundo con otros ojos, nos abre la perspectiva, y esto hace que muchas cosas aparentemente irracionales y abominables tengan un sentido, hace que podamos entrever el propósito de sufrimientos y males aparentemente arbitrarios.

En el penúltimo documento del LU, el 195, de título "Después de Pentecostés", se hacen una serie de reflexiones interesantísimas sobre el futuro del cristianismo. En este documento se dice que, tras la resurrección de Jesús, se cayó en el error de crear una religión "a propósito" de Jesús, acentuando su carácter divino y dejando de lado su vida terrenal. Se le dio demasiada importancia a lo supuestamente sobrenatural de su resurrección, cuando según el LU lo único "sobrenatural" fue que su cuerpo se descompuso en un proceso muchísimo más rápido que el de cualquier otra persona, para evitar a millones de seres celestiales el triste espectáculo de la lenta putrefacción de su cuerpo mortal.

También se dice en este documento que el verdadero mensaje de Jesús permanece latente en el cristianismo, y que nada ni nadie podrá hacerlo desaparecer completamente. De hecho, afirma que es cuestión de tiempo que la humanidad comprenda el mensaje que vino a traernos: que todos somos hijos del Padre (y por lo tanto hermanos), y que conseguiremos los más preciados tesoros espirituales haciendo conscientemente y según nuestro libre albedrío Su voluntad.

A menudo me pregunto si está cercano el día en que la humanidad comprenda el mensaje de Jesús de Nazaret en toda su amplitud. Supongo que es condición indispensable que la Iglesia experimente una transformación interna y profunda.

El enfrentamiento entre religiones ha sido por desgracia una constante en la historia de la humanidad. ¿Realmente la religión es un pretexto o es la causa de los conflictos? Parece un pretexto que utilizan los que nos gobiernan (ya sea abiertamente o en la sombra) para que defendamos sus intereses. El pueblo llano, la “carne de cañón”, cae en la trampa y piensa realmente que está siendo llamado a luchar por unos ideales, por la defensa de la “religión verdadera”. ¡Ilusos!

De la relación de la religión con la política, hay una serie de reflexiones muy suculentas en la obra de Rousseau “El contrato social”:

“La religión considerada en relación con la sociedad, que es general o particular, puede también dividirse en dos especies: a saber, la religión del hombre y la del ciudadano. La primera, sin templos ni altares, sin ritos, limitada al culto puramente interior del Dios supremo y a los deberes eternos de la moral, es la pura y simple religión del Evangelio, el verdadero teísmo, y lo que se puede llamar el derecho divino natural. La otra, inscrita en un solo país, le da sus dioses, sus patronos propios y tutelares; tiene sus dogmas, sus ritos, su culto exterior prescrito por las leyes; salvo la única nación que la sigue, para ella todo es infiel, extranjero, bárbaro; no extiende los deberes y los derechos del hombre más allá de sus altares. Así fueron todas las religiones de los primeros pueblos...”

Rousseau, en estos párrafos, acierta muy bien a distinguir entre la religión como experiencia personal y las religiones institucionalizadas, que intentan imponer su verdad a los fieles. De las religiones institucionalizadas (la de los ciudadanos) dice que es mala “por estar fundada sobre el error y sobre la mentira, engaña a los hombres, los vuelve crédulos, supersticiosos, y ahoga el verdadero culto de la divinidad en un vano ceremonial”.

De la religión del hombre (o “cristianismo”), dice Rousseau: “Por esta religión santa, sublime, verdadera, los hombres, hijos del mismo Dios, se reconocen todos por hermanos, y la sociedad que los une no se disuelve siquiera con la muerte”. Sin embargo, a continuación señala los defectos que entraña esta religión que perjudican considerablemente la vida en sociedad: “Lejos de destinar los corazones de los ciudadanos al Estado, los despega de él como de todas las cosas de la tierra; no conozco nada más contrario al espíritu social”.

Más adelante, dice: “Para que la sociedad fuera pacífica y la armonía se mantuviese, sería menester que todos los ciudadanos sin excepción fueran igualmente buenos cristianos; pero si por desgracia se encuentra un solo ambicioso, un solo hipócrita (...) ése sin duda alguna dará buena cuenta de sus piadosos compatriotas”. Entiendo en estas palabras que una sociedad de cristianos (esto es, de hombres y mujeres viviendo su vida social según su religión personal) no es una mala sociedad,

sino que encierra el peligro de no saber reaccionar a la maldad con la suficiente rapidez y contundencia.

Pensando sobre todo esto, no creo que no pueda haber una sociedad de personas profundamente religiosas sin una organización social y política duradera. Lo que tampoco creo (y en eso estoy de acuerdo con Rousseau) es que se dé el caso no ya en los tiempos actuales, sino en un futuro cercano. No podía darse en el siglo XVIII, y por desgracia tampoco es posible ahora, en los inicios del siglo XXI. Espiritualmente no hemos progresado mucho en estos tres últimos siglos. Hay muchas desigualdades e injusticias que hoy siguen dolorosamente vigentes.

A propósito del conflicto entre religiones, rescato aquí un fragmento de un artículo publicado en un diario de difusión gratuita (por desgracia no recuerdo el nombre de la autora), con cuyo punto de vista me identifico plenamente:

“La verdad es lo que es y no cambia porque la invoquemos como Alá o como Cristo. Desde el punto de vista de la verdad, lo mismo da que creamos que Dios existe o que no existe. Nuestro pensamiento no lo daña ni lo vence ni lo invierte ni lo anula, de otra manera no sería Dios. Pero si ya hemos comprobado que la interpretación de los textos sagrados nos separa y nos conduce a enfrentamientos, ¿no sería más razonable buscar otra vía, puesto que millones de personas necesitan la religión para vivir desde la trascendencia? Lo religioso, es decir, la relación del hombre con la divinidad, ¿no será aplicar inteligencia al proceso de la vida y a la respuesta de ese proceso en la propia conciencia? Vivir amando, ¿no será el único rito, la única oración, la única alabanza que se nos pide?”

Parece inconcebible que, en pleno siglo XXI, las religiones evolutivas no hayan sido reemplazadas por completo por la religión de la experiencia personal. Que todavía haya personas que crean que “su” Dios quiere que vayan vestidas de determinada manera o que deben creer ciegamente en lo que dice un libro supuestamente “sagrado”.

Más o menos en relación con esto, hay un hecho que se narra en el documento 132 del Libro, “La estancia en Roma”:

P.1466: Jesús, Gonod y Ganid hicieron cinco viajes desde Roma hacia puntos interesantes del territorio circundante. Durante su visita a los lagos del norte de Italia, Jesús tuvo una larga conversación con Ganid sobre la imposibilidad de enseñarle a un hombre cosas sobre Dios, si ese hombre no desea conocer a Dios. Mientras viajaban hacia los lagos, se habían encontrado por casualidad con un pagano irreflexivo, y Ganid se sorprendió al ver que Jesús no utilizaba su técnica habitual de entablar una conversación con aquel hombre, que hubiera conducido de manera natural a discutir sobre cuestiones espirituales. Cuando Ganid preguntó a su maestro por qué mostraba tan poco interés por ese pagano, Jesús respondió:

Ganid, este hombre no tenía hambre de verdad. No estaba descontento de sí mismo. No estaba preparado para pedir ayuda, y los ojos de su mente no estaban abiertos para recibir la luz destinada al alma. Este hombre no estaba maduro para la cosecha de la salvación. Hay que concederle más tiempo para que las pruebas y las dificultades de la vida lo preparen para recibir la sabiduría y el conocimiento superior. O bien, si pudiera venir a vivir con nosotros, podríamos mostrarle al Padre que está en los cielos con nuestra manera de vivir; nuestras vidas, como hijos de Dios, podrían atraerlo hasta el punto de que se vería obligado a preguntar sobre nuestro Padre. No se puede revelar a Dios a los que no lo buscan; no se puede conducir a las alegrías de la salvación a un alma que no lo desea. Es preciso que el hombre tenga hambre de verdad como resultado de las experiencias de la vida, o que desee conocer a Dios como consecuencia del contacto con la vida de aquellos que conocen al Padre divino, antes de que otro ser humano pueda actuar como intermediario para conducir a ese compañero mortal hacia el Padre que está en los cielos...

Es bien cierto que no hay peor sordo que el que no quiere oír, pero siempre podemos intentar que esas personas descubran por sí mismas la religión como experiencia personal mediante la observación de nuestros modos de vida, y confiando en que de esta manera lleguen a ver la luz, por el camino que sea, que no tiene por qué ser necesariamente el que nosotros hemos recorrido.

Seguro que todos nosotros conocemos a más de uno que se define como “ateo”. Entendiendo por “ateo” aquel que niega de forma contundente la existencia de Dios (el que ni afirma ni niega su existencia lo consideramos “agnóstico”), me pregunto si puede haber ateos de verdad sin que esa creencia les lleve a la desesperación más absoluta y a cometer toda clase de barbaridades antes sus semejantes. ¿No será más bien que los que así se autodenominan, en el fondo no han reflexionado seriamente sobre las consecuencias de la no existencia de Dios? ¿Cuántos de estos ateos, cuando pintan bastos y ven que la hora de su muerte está cerca, no se encomiendan “al de allá arriba” ante la posibilidad de dejar de existir para siempre?

Curiosamente, muchos de estos “ateos” son precisamente gente con sólidos principios morales, que en la mayoría de los casos no matarían ni a una mosca. Son lo que se dice “buena gente”. En muchos casos gente que no entiende cómo Dios puede permitir que sucedan tantas injusticias y barbaridades en este mundo, y reaccionan ante ello negando su existencia. Curiosamente, una gran parte de los ateos de hoy en día lo son “gracias” a la Iglesia Católica, esto es, por oposición a ella; como decía Buñuel, el director de cine, cuando decía: “soy ateo, gracias a Dios”.

¿Vale la pena intentar que estas personas vean los asuntos “religiosos” desde otro punto de vista? Quizá sea una buena idea intentar mostrarles otro punto de vista, hablarles del libre albedrío como respuesta a la aparente indiferencia de Dios por los asuntos del mundo, por ejemplo. Pero siempre y cuando atisbemos cierta perceptividad en el interlocutor. Como decía Jesús en el párrafo antes mencionado de la página 1466, “no se puede revelar a Dios a los que no lo buscan”.

Uno de los grandes problemas a los que nos enfrentamos en las sociedades actuales es la crisis de valores: muchos adoran al dios dinero, olvidando que el dinero es un medio, no un fin; se valora mucho la estética y el aspecto exterior en sí mismos, pero no como reflejo de la verdadera belleza, de la que tanto y tan esclarecedoramente se habla en el LU. Es por eso que mucha gente, a pesar de tener todo lo que desean a nivel material, se sienten vacíos y hastiados.

Muchos intelectuales de los tiempos modernos han proclamado que vivimos en la época posterior a la “muerte de Dios”, de la que habló Nietzsche. Que no hay valores seguros, que todo es relativo, precario. Vivimos tiempos de descreimiento. Ante esta corriente predominante de pensamiento, la religión como experiencia personal puede contribuir, y mucho, a cambiar esta percepción de la ética y la religión. Puede aportar los valores seguros que la gente sigue demandando. Dios no ha muerto, sino que está más cerca de nosotros de lo que pensamos.

En su novela “Anima Mundi”, la escritora italiana Susana Tamaro recrea a un joven muy sensible e inteligente que no cree en Dios, y esto le hace llegar a unos niveles de degradación altísimos. El joven cae en el abismo no una, sino varias veces, hasta que finalmente, buscando a un amigo tan atormentado como él, conoce a una religiosa que le hace ver la existencia desde “el otro lado”, desde el punto de vista de aquellos que tienen fe. En una de las muchas conversaciones que mantienen, la religiosa, en una reflexión muy lúcida, propia de alguien que ha vivido mucho y muy duramente, le dice que lo peor de estos tiempos que nos ha tocado vivir es que la inteligencia no acompaña a la fe, y esto es devastador para las personas en particular y para la sociedad en general.

La inteligencia y la sensibilidad nos hacen ver este mundo como un lugar injusto y cruel, pero sin la fe no tenemos motivos para actuar ante las deficiencias que nos vamos encontrando. Si Dios no existe, cualquier otro motivo para obrar con amor hacia los semejantes suena hueco, inconsistente. ¿O es que obramos bien sólo por temor a ser castigados? Muchos de nuestros comportamientos sólo se entienden si pensamos en la “chispa divina” que llevamos dentro. Bien es cierto que hay muchas personas que, aún confesándose ateas, son capaces de tener un comportamiento ético ejemplar, pero sigo pensando que no son ateos consistentes. Un ateo que llevara la negación de Dios hasta sus últimas consecuencias acabaría enloqueciendo de desesperación. Parafraseando a Dostoievsky: “Si Dios no existe, entonces todo está permitido”.